



Coni So Olivetto

La alegría recuperada: militancia y activismo lésbico-feminista

Por Alejandra Varela

40 años. Periodista. Redactora en el Suplemento Las 12 del diario Página 12 donde escribe la columna de Escenas. Colaboradora de las secciones Ideas y Escenarios de la Revista Ñ. Dicta talleres de escritura en La Plata y se dedica a la docencia e investigación en la UNLP.

Para contactar:

alejandravarela@live.com.ar

14

(entre)
dichos

Intervenciones y Debates
en Trabajo Social

Mujeres que hacen del insulto una granada. Te encontrás con ellas en cualquier parte. Son diez porque no quieren hacer del número una multitud o una mezcla, un mecanismo de validación política ¿A quién representás? Podrá preguntarle alguien y cada una de ellas va a responder con su risa, con la mirada de la chica que sabe dar batalla: “romper el estereotipo pero tampoco poner otro en su lugar. Nosotras no nos pensamos como representantes lesbianas, ser el modelo lésbico no está bueno. Que cada una se construya desde el lado que quiera y que pueda”. Larhiza Hatrick sabe que rotular, fijar nombres es uno de los primeros mecanismos de discriminación, entonces con sus compañeras se disfraza y asume distintos roles, imagina variantes y las juegan en ese gran escenario que es la calle.

Cuando llega la primavera ellas quieren divertirse. Alguna vez organizaron una kermés de placeres desatados. “Había un tiro al obispo, le tirábamos bombachas y si le pegabas a la cara ganabas”, recuerda Larhiza. “Híncheles las bolas al cerdo patriarcal”, agrega Ileana Dellulti. “Igual nos critican un montón desde la militancia, nos dicen que somos poco políticas”.

Las chicas no creen que la seriedad las convierta en mejores activistas. La imagen de la mujer sufriente no es para ellas. “Sos gay y en tu familia te hacen mierda, en el trabajo te hacen mierda, en la sociedad te hacen mierda”. Lo repite Larhiza para afirmar la idea que en el disfrute hay un espacio de conquista, romper ese destino de melodrama es parte de su estrategia de militancia. Ya nadie quiere simular, jugar a las apariencias. En la calle los devotos de la fé católica piden un papá y una mamá. Las chicas de **Malas como las arañas** miran todo con cierta indulgencia. Saben que ahora las cosas podrán ser un poco distintas, que el Estado las protege, las vuelve asombrosamente legales pero ellas seguirán siendo un grupo de lesbianas fugitivas.

“Festejamos lo del matrimonio igualitario y estamos re contentas, vimos todo hasta las cuatro de la mañana pero tiene un gusto de normalización con la que por ahí no estamos muy de acuerdo, normalización con la familia hetero- patriarcal” y Ayelén Guezamburu empieza a clavar el aguijón de la crítica en su casa de La Plata. Es una mañana de invierno y hace horas se aprobó la ley de matrimonio igualitario. Las chicas preparan café y mate, abren la ventana para que se escape el humo del cigarrillo que nos tiene aprisionadas y entra un frío feroz.

Somos un grupo de mujeres envueltas en lanas y abrigos que discuten de política, porque por estos años la sexualidad y sus deseos han aprendido a pensarse como temas enmarañados en la trama de la disputa partidaria. Son señales de progreso, de ampliación de derechos, de conformación de nuevos imaginarios. Una madeja de profundidades se desata en la incipiente realidad de muchos seres que apenas sospechan la nueva filosofía de sus vidas.

“Estamos contentas con el matrimonio porque genera los mismos derechos pero creemos que tenemos que cuestionar la norma heterosexual y patriarcal. Nosotras al ser feministas tenemos esa lectura que la mujer en la familia es el lugar relegado. Una sociedad que es violenta para las mujeres, para las lesbianas, inclusive para el puto porque nadie puede salirse del lugar de poder que da la masculinidad, el travesti se sale de ese lugar, el gay, las lesbianas queremos acceder a otro lugar y nos hacen mierda por eso”. Pero más allá del planteo de Larhiza el tema se había instalado y la familia heterosexual fue puesta en la mesa de disección. No sólo porque sus fracasos o sus fisuras podían ser demostradas a diario sino porque la consigna de la mamá y el papá hería a muchísimos solitarios que habían tenido que enfrentar la crianza de sus hijos sin pareja. La discusión, partiendo de un modelo ideal, se hizo pedazos frente a los testimonios, la palabra que daba cuenta de una vivencia única, la particularidad en su potencia. La familia heterosexual quedó deslucida cuando se presentaba como un esquema rígido, una imposición y cobró nueva vida al aparecer como una experiencia llena de contradicciones, creadora de otras formas que generan una tensión como las familias homoparentales porque de eso se trata, de identificar la dinámica de una sociedad, los intentos que las personas hacen por ser un poco más felices y sinceras. Pero está claro que cada nuevo derecho trae nuevas tragedias.

“Realmente se instaló la discusión. Yo sentía en la calle que la gente hablaba de eso pero el problema es que estas discusiones se terminan en la votación”. No se cumplió el pronóstico de Ileana pero las chicas encuentran su combustible en estar siempre disconformes.

“Como se salió a la calle con todo su arsenal y tuvieron que buscar argumentos, así fueran ridículos para demostrar quienes eran y fue la oportunidad para que se supiera lo que pensaban sobre el tema”, contesta Larhiza.

“Para mí que soy la más troska de todas tiene mucho de normalización y asimilación al matrimonio heterosexual”.

Entonces le digo a Ayelén que estas nuevas condiciones pueden ser el campo propicio para novedosas estrategias. Si la visibilización ha sido siempre un recurso organizador para el movimiento gay, el primer paso para ocupar un lugar de sujetos en el territorio siempre activo de las luchas sociales, derechos como el matrimonio igualitario le dan a la visibilización una categoría renovada en el imaginario. Su existencia se vuelve difícil de refutar y desde esa aceptación institucional se pueden crear múltiples batallas.

“Esto tampoco significa que las parejas de lesbianas y gays se van a hacer visibles”, me discute Fernanda Losso. “De acá a diez años tal vez se empiezan a visibilizar. Las lesbianas y los gays no nos vamos a ir a casar porque está la ley, faltan un montón de cosas antes. Lo cotidiano, lo que hacemos nosotras, visibilizarnos todo el tiempo”.

En la calle queman Barbis, ejercen su placer disidente en intervenciones que le dan a su palabra, a sus gestos, un valor teatral. Y no se trata sólo del remanido estereotipo de mujer que la muñequita expresa, hay algo que se expurga en esta quema y es la bronca con una misma por desear lo indebido, es el esfuerzo que tantas y tantos hacen para parecer iguales.

“Siento que lo que se está dando es la regulación del Estado de nuestras relaciones”, continúa Larhiza. “Lo más copado que tenemos es esa posibilidad de disentir de la norma heterosexual. Como planteaban Lemebel y Perlongher, lo revulsivo de la homosexualidad también genera una crítica del orden establecido. El matrimonio te corre de ese eje y te integra. Igualmente el matrimonio no va a hacer que seamos ciudadanas de primera. Si vas a la cancha lo primero que se dice es puto, lesbianas no porque no existimos. El insulto es feminizar cualquier cosa, un varón, el nene cuando llora es maricón”.

“Mi postura era: qué bueno que se de la discusión pero el cambio va a venir en las prácticas. Nuestro objetivo no es reformar la legislación sino la sociedad pero en esas prácticas se da que la discusión llega al congreso porque está instalada en lo social, en la calle”, dice Ileana y Fernanda Passa agrega un detalle precioso de esos días: “A mi por primera vez unos chabones me dijeron algo lindo cuando iba de la mano de mi novia. Dijeron: que linda pareja”.

Y las chicas se ablandan por un rato. Ellas también se dejan ganar por un clima nuevo que no se desprende de los vientos de homofobia y bufones del medioevo pero también ayuda a que algunos comiencen a ver belleza, a darse ese permiso de lo grato.

“A mí, me pasó que estaba despidiéndome de Amanda y un técnico de Racing que estaba con la juvenil, nos bardeó: *Eh, acá en Capital se ve cualquier cosa*. A la semana, la misma situación y nos gritan *¡Aguante Cristina!*”. Y bienvenida la anécdota de Ileana para poder ver en el lesbianismo una práctica política, para que lo privado estalle en el espacio público como una fuerza que no habla sólo de una experiencia de a dos sino de una responsabilidad colectiva. “Somos puro mensaje”, sintetiza Larhiza.

Como muchos movimientos sociales **Malas como las arañas** también se pregunta, de algún modo, qué relación establecer con el Estado. Porque la aceptación del matrimonio igualitario es un peldaño para esas transformaciones de las que hablaba Ileana. “Los beneficios son bienvenidos siempre pero nosotras vamos por otro lado, por un lado más cotidiano y callejero. Yo no creí que me iba a poner tan contenta y esa noche a las cuatro de la mañana estaba con una compañera de las **Furiosas** gritando: “¡qué bueno!” pero nosotras nos paramos desde otro lugar, buscamos cuestionar la norma desde una fisura del sistema. La nuestra es una experiencia disidente, más que distinta.

Hace años, cuando el proyecto de **Malas como las arañas** estaba en el aire o en la cabeza de alguna de ellas, no había muchos grupos lésbicos feministas en La Plata para incorporarse. Tal vez la creación de un espacio nuevo pueda ser un modo de ejercer la crítica sobre lo existente. “Cuando nosotras empezamos las posibilidades eran los partidos políticos de izquierda que como somos de izquierda hemos participado y los seguimos considerando nuestros compañeros y compañeras pero no trataban el tema como a nosotras nos interesaba”, recuerda Larhiza. “Nosotras nos juntamos a leer y una de las cosas que nos une es que nos interesa hacer cosas en la calle y desde un lugar más creativo. Como nos decían terroristas en un momento pasamos a definirnos como terrorismo lésbico, como un chiste pero también con ese tinte callejero. Visibilizar el lesbianismo desde un lado positivo, cuestionar la heterosexualidad como una obligación o como una norma, vinculado con la calle y con el arte. Pensamos este espacio como excusa para hacer cosas. El año pasado hicimos la primavera lésbica y este año también la vamos a hacer en septiembre. Con esa excusa convocamos a un montón de chicas que hacen música, rock, poesía para que participen hasta de la organización”

Esa actitud performática dialoga con Pedro Lemebel. Hacer de la homosexualidad una

experiencia escénica de la que no resulte fácil desentenderse, involucrar a cualquier pasajero en trance atraído por los colores y la fiesta. Pero los nombres, el uso del insulto, el rótulo que el otro le da para limitar su acción, también tienen un componente dramático. Presentan una escena, un modo de desplegar los cuerpos y de actuar. ¿Qué hacer con el insulto? No es un tema menor porque con eso se convive, la vecina, la empleada de la librería, cualquier desconocido te mira mal todos los días, como confiesa Ileana y ese maltrato tiene que convertirse en una potencia política, tiene que atravesarse con inteligencia, con las armas de la teoría, pero también de la fiesta. Tiene que ser una celebración esa batalla cotidiana porque después de todo lo que se defiende es el propio deseo.

“Se trata de eso, de trabajar sobre el insulto, de empezar a dar discusiones en la calle con otros términos. La agresión ponerla en otro lugar”, Ileana habla como si estuviera pensando todo de nuevo en ese instante.

“Nuestra militancia no es para reclamarle cosas al Estado, nos interesa más interpelarnos entre nosotras, entre lesbianas que son nosotras y con otras personas que tal vez ni saben que existe el lesbianismo. Nuestra militancia la pensamos más desde el diálogo”, interviene Larhiza.

“El diálogo no sólo deconstruyendo la palabra sino en una intervención, en una actividad y dar la discusión en la cotidianidad, que es lo que permite también que llegue a los medios. Hacer una pintada delante de una casa y se introduce el debate porque está ahí”.

Y hay algo en el tono, en la mirada de Ileana que me asegura que no será fácil, pero a veces pintar una pared implica cambiar el paisaje, modificar ese entorno marrón de barrio para mancharse un poco porque la militancia de **Malas como las arañas** funciona en un lugar microscópico, en esa señora que se horroriza o en el muchachote que las insulta, pasa por quedarse en La Plata el día de la Marcha del Orgullo y activar una ceremonia más de provincia. Se trata de cambiar los modos de vincularse, de construir relaciones distintas.

“Gran parte de la militancia del LGBTTI aspira a la tolerancia y la integración. Nosotras al revés, somos anormales, somos terroristas, somos tortilleras. Nos parece que lo que tiene que cambiar es el mundo, no nosotras. Un mundo con otro tipo de relaciones, no jerárquicas, desde el respeto, desde el amor, desde el cuidado. Parezco ecologista” y Larhiza se ríe, pero en su dinámica abrasadora se encuentra con Ileana.

“Como lo estamos repensando todo. Yo tengo una idea de la política que es dar las discusiones, repensarla y transformar. No estamos preocupadas por la masividad, no nos estamos midiendo en esos parámetros. No nos interesa medirnos con la norma sino tratar de construir algo que se corra de ese lugar y que permita construir algo distinto, una alternativa”.

Irrumpir tiene que ver con esa forma desbordante de atravesar la cotidianidad, de convertirla en una experiencia de explosión y de alegría. Hay algo que la norma del macho quiere dominar en esos cuerpos. Dialogar no implica la complacencia, las chicas hablan de “estrangulamiento simbólico-social de una sociedad que queremos cambiar” y entonces las palabras son petardos, una divertida forma de molestar, una incomodidad que se nutre de Monique Wittig. Hay que generar tropismos en las distintas imágenes de la mujer ya establecidas, a las que hay que obedecer como destino.

Llevar la adjetivación al extremo, a un delirio donde no encuentre clasificación posible, es una de las cruzadas del lenguaje de estas chicas veinteañeras y no tanto, porque hay alguna que pasa los cuarenta. Identidades inquietas que se definen en la acción y por eso cambian, mutan, se multiplican y también se alejan.

Pero hay muchas chicas lésbicas en La Plata, señal de estos tiempos, de un mayor disfrute de las diferencias. Se ocultan cada vez menos, estallan en consignas como “El machismo mata”. El emponderamiento femenino, la revisión de muchos pensamientos del feminismo es una nueva tarea entre las jovencitas, un hábito poco frecuente en los años noventa. Los ojos, entonces, tendrán que acostumbrarse a otras estéticas. El cambio empieza por el propio cuerpo. Ellas se imaginan por momentos como las protagonistas de una historieta, les encantaría subirse a los muros, saltar de un techo a otro, ser nuevos dibujos cambiables que hacen de lo privado una agitación pública.

Están allí, existen, juegan con la posibilidad de sacarse gestos y ropas, esto es de hombre, esto de mujer y no se trata de la moda andrógina, un tanto ambigua pero siempre respetable sino de comerse al macho y a la hembra como hacían los antropófagos brasileños y triturarlos con los dientes para devenir otra cosa.

En una “Celebración de las amantes” en Córdoba se preguntaban por el cuerpo lesbiano. Quién va a contar ese cuerpo, quién cuenta la historia de las lesbianas. El camino de **Malas como las arañas** es, en parte, el desafío de construir un relato que las incluya pero que

no corresponda a una mirada externa. Actuar, intervenir las calles es un modo de ensayar otra historia del lesbianismo que sea más iracunda, sin planes “Un cuerpo lésbico es un cuerpo que molesta. Un cuerpo que irrumpe en el sentido común. Un cuerpo que no es normal. Un cuerpo lesbiano es un cuerpo observado y cuestionado.” Es un cuerpo político que se constituye todo el tiempo, que debe reafirmarse en cada encuentro con el otro.

Existe una voluntad que no pide permiso, que no espera un reconocimiento, sino que opera como una existencia en tensión, electrizante, dinámica porque hay que sostener la disidencia, no transformarse en otros, hay que iluminar lo distinto y discutir para que ese otro se tome el trabajo de entender.

Pero todo eso pasa primero en el interior de cada una de estas mujeres que componen **Malas como las arañas**, pintar una pared es convertir en imagen un drama que podría aniquilarlas si sigue estando en su cabeza o en su panza, si es sólo de ellas. Un secreto.

Me cuentan que por lo general las colectivas lésbicas se reducían a parejas. Convertirse en diez equivale a una multitud en ese mundo que como manifestación política todavía parecía bastante privado. Larhiza lo define como haber superado esa etapa porque ahora las chicas ya están un poco más mezcladas, fruto de una mirada nueva sobre las relaciones, de un vínculo no posesivo. Una puede haber sido pareja de la otra pero eso no implica una ruptura afectiva que las ubique en bandos opuestos. Pueden seguir pensando su militancia y construyendo otras formas de amor.

“Históricamente las mujeres no tuvimos voz, y las lesbianas menos”, explica Larhiza. “Fuimos cinco, ahora somos diez y también alguna vez fuimos tres ¿Por qué nuestra voz no valdría o no podría ser escuchada? Nos interesa hacerla valer en circuitos como la calle o las actividades artísticas”.

“Más allá que la homosexualidad fue distinta en los cincuenta o sesenta siempre fue lo anormal y las lesbianas siempre fuimos invisibles, la experiencia viene de reconocerse desde la invisibilidad”, irrumpe Ileana. “Nos sentimos identificadas con el movimiento de mujeres porque nos permitió pensar la diferencia. Yo que tengo veintitrés años me encuentro en los textos que leo de personas que les pasó lo mismo hace cuarenta años. Somos lo que no es la norma, somos imposibles de ser pensadas pero estamos”.

También el feminismo se ha transformado. Las integrantes de **Malas como las arañas**

se ubican en una zona más cercana a los movimientos de mujeres que a los grupos tradicionales de la militancia gay. Tal vez porque, como afirmaba Perlongher, devenir mujer es la clave de todos los devenires o porque la figura de la mujer hoy entra en un lugar doblemente inquietante. Ellas destacan que en la discusión en el Congreso se haya recordado a Natalia Gaitán, asesinada por lesbiana, la joven acribillada por el padrastro de su novia. Resuena también el castigo machista que sufre Romina Tejerina y los sucesivos casos de mujeres quemadas. El lugar de la feminidad relegado a la sumisión es una mirada clasista que incrusta identidades. Las chicas malas como las arañas entienden que desde ese flujo, esa mutación se compone una nueva militancia para evitar la imagen de ese cuerpo castigado y sostenerse en la posibilidad festiva y deseante.

“Nosotras pensamos el feminismo desde la opresión a las mujeres”, se define Larhiza. “Hay un feminismo que pide los mismos derechos. Nosotras sentimos que esta sociedad es muy masculina y jerárquica y no estamos por esa lucha dentro del feminismo. Estamos por un feminismo de emponderamiento entre las mujeres. Se trate de lesbianas, heterosexuales pero entre mujeres. Creemos que las lesbianas somos oprimidas por lesbianas y por mujeres. Somos invisibilizadas porque a una mujer no se le permite no ser de un hombre, no ser madre”.

“Cuando leo la historia, escrita mayoritariamente por hombres, no me encuentro y necesito encontrarme como mujer y como lesbiana pero sí me encuentro en la historia que construye el feminismo. El feminismo como una forma de pensar y ver las relaciones. El feminismo me da muchas más herramientas que la teoría queer para poder pensar todas las cosas que me pasaron tanto acá en La Plata como en Formosa, donde nací, cuando intenté integrarme como lesbiana y no pude, cuando me vine para acá, qué me pasa cuando vuelvo. La realidad que atravieso es fuertemente patriarcal, muy machista”, resume Ileana.

Como Ileana, varias de las integrantes de **Malas como las arañas** son del interior. Tal vez en esa hostilidad, en esa imposibilidad que encuentran aún hoy en sus viajes de días al mundo de la infancia, haya germinado el activismo como una posibilidad de supervivencia. No es lo mismo, asegura Ileana, pensar que esa mirada de rechazo corresponde a todo un orden teórico, ideológico que vos podes deconstruir, que sentirse socavada o vivir en estado de furia.

“A mí me divierte ese pinchar un poco. Me encanta ir de la mano con mi novia cuando pasa una mamá con su hijita para que la nena le pregunte, no por ser vanguardia ni nada pero si no tenés pensadas un montón de cosas por ahí te angustias. Si sabés que es homofobia y teorizás de donde viene, me divierte molestar con eso”.

Entonces Larhiza me cuenta que es de Lezama y cuando vuelve piensa que las chicas que son lesbianas y no activan deben sufrir un montón. Ella descubrió que no alcanzaba con conquistar pequeños espacios de intimidad, había que dinamitar el discurso lesbo-fóbico y allí aparece un entramado de fantasías que las divierte. “Ojalá fuéramos esos diablos” se ríe Ayelén. “Me encanta decir: soy eso que odias” se suma Ileana en un coro que sale de las tripas, de todos esos lugares donde las chicas fueron sacando fuerzas.

“Nos encanta decir somos anormales, somos terroristas, no porque sí, sino porque si el criterio de normalidad es discriminar, tener poder en las relaciones, ser violento, sí, soy anormal, soy terrorista soy todo lo que vos no sos. Si la iglesia es el criterio de normalidad yo estoy encantada de ser esta anormal que soy”.

Porque el problema es la visibilidad. Se podrá ser gay pero que no se sepa. Larhiza lo descubrió de un modo un tanto cómico. Hubo una época en que su deseo parecía único, extraño: “No sabía que había otros mundos posibles, que existía el lesbianismo” Pero cuando empezó a explorar en ese territorio del amor entre chicas descubrió la frase “Torta y feliz” y se dio cuenta que se estaba castigando sin sentido. “¡ah, pero yo soy la más tarada!” Y todas nos reímos porque encontrarse con la disidencia y el disfrute obliga a ciertos atropellos. Había un universo que Larhiza se estaba perdiendo. Un espacio de chicas malas, arañitas que se defienden, que construyen su propia red. “El placer como un lugar de resistencia porque es lo que siempre se nos negó como mujeres y como lesbianas. Desde ese lugar sacás mucha creatividad”

“Antes de casarse hay que decirle a la familia *soy lesbiana*, hay que ir al trabajo y decir *soy lesbiana*, que mi jefa me firme para que vaya a la obra social para que me reconozcan a mi pareja”.

Esas particularidades, que expresa Larhiza son las que también luchan por sostenerse. La discusión sobre el matrimonio igualitario, más que la atracción por la normalización, desplegó una fuerte impronta de singularidades, la certeza de poder construir una militancia

más allá de los esquemas de representación. Se puede ser diferente y actuar en pequeños grupos sin impedir unirse bajo un objetivo común que va a ser resignificado. Porque las chicas de **Malas como las arañas** toman de esos nuevos derechos aquello que les sirve para su creatividad política, actúan como herramientas para pensarse en el despliegue de los nuevos desafíos que la realidad estimula.

Pero se encuentran también en el espinoso tema del diálogo y el consenso, porque al ser insultadas y marginadas ellas tienen que elegir un nombre de guerra.

“La abuela de Ayelén era re tortona, re chonga y la abuela que era re homofóbica, le vivía diciendo para discriminarla: *Vos sos mala como las arañas*, y Ayelén lo repetía, entonces dijimos, pongámonos así. Somos terroristas y somos malas como las arañas”, cuenta Larhiza para explicar el nombre, el origen que parte de una calificación, de cierto riesgo de quedar sujetadas al insulto.

“Si la persona insultada se reapropia del insulto, lo pone en evidencia como una herramienta de violencia y lo estás resignificando”, dice Ileana. Porque el insulto se usa como granada para dinamitar los discursos de los otros. La pregunta sobre donde está la verdadera violencia, cómo operar frente a la palabra que daña, establece el campo de guerra necesario para transformar una realidad que discrimina y rotula ¿O acaso cada cambio, cada conquista de derechos no traerá nuevos dramas y problemas? ¿No establece nuevos conflictos que impiden esa armonía superadora y extasiada que será, para muchos, la paz inquieta de una democracia?

“Un ocho de marzo, organizamos con la colectiva **Las Furiosas** una quema de Barbis”, recuerda Larhiza. “La Barbi representa todo lo que debe ser una mujer a nivel sociedad ideal. Hermosa, delgada, divina con Ken, delicada, madre, heterosexual. Hicieron la réplica de cómo sería una Barbi real y es inviable. No es una mujer, es el mito de la mujer. Cualquiera quiere quemar una Barbi, no por la Barbi porque no existe, sino a quienes crean la Barbi. Hicimos parches que decían *No Barbi*. No somos Barbi porque elegimos no ser Barbi. Muchas llevaron Barbis de su casa y las quemaron, una quemó el corpiño. Esa es la militancia que nos gusta, divertirnos en el activismo”.

Haber roto la certeza del martirio, desprenderse de la fatalidad y la inmolación, convertir esa quema de muñecas en un juego, es la gran hazaña de la militancia de esta época.

Ser distintas y conquistar la felicidad, escapar de la norma para vivir mucho mejor. Dejar de ser esa personita sometida a una idea de felicidad impuesta, ridícula, comprada en plazos y siempre desilusionante, es la apuesta. Sin mártires, sin personas que se sacrifican para que las nuevas generaciones disfruten. Tal vez el futuro ya llegó y todos aquellos que murieron y sufrieron desde algún lugar lejano hoy asistan a nuestra fiesta.



CONTACTO

Facultad de Trabajo Social

Tel: 0221 451-9705 / 452-5317 / 471-7547

publicaciones@trabajosocial.unlp.edu.ar

www.trabajosocial.unlp.edu.ar

Calle 9 esq. 63 - La Plata - Buenos Aires - Argentina

ISSN 2545-7721